

La Televisión en la mirada de los niños

Carmen Marta Lazo

Editorial Fragua

Madrid, 2005

357 p.

ISBN: 978-84-7074-172-2

Se suceden en estos días dos acontecimientos de enorme trascendencia social: la aprobación de una nueva Ley de Educación y la discusión de un nuevo modelo de televisión pública. Coincidiendo con ambas, se publica un libro que no debería pasar inadvertido para los legisladores, los educadores y para quienes tienen responsabilidades en los ámbitos de la educación infantil y la televisión.

Tal y como señala la autora “hace dos siglos esta obra no hubiera tenido razón de ser, puesto que los medios de comunicación audiovisuales no existían. En ese momento posiblemente uno de los aspectos más importantes relativos a la infancia hubiera sido el estudio de su explotación en largas cadenas de producción. Con esta lectura sólo

pretendemos enfatizar la importancia y responsabilidad que adquiere la sociedad en la articulación de todos los fenómenos y situaciones que en su seno se desarrollan” (p.72).

Cuando la doctora en Ciencias de la Información, Carmen Marta, hace esta afirmación resume la mayor parte del argumentario de su obra *La televisión en la mirada de los niños*. A nadie se oculta la trascendencia de los medios audiovisuales en la educación y son multitud los trabajos que abordan sus distintos aspectos desde disciplinas como la psicología, la sociología o la pedagogía. Carmen Marta, sin olvidar estas materias, lo hace desde su punto de vista como experta en Comunicación Audiovisual y en Tecnología de los Medios Audiovisuales y como profesora de

futuros profesionales de la Comunicación.

Comienza por establecer los niveles (cuatro) de la actividad del niño frente a la televisión. Y decimos bien actividad, porque, excepto en el primer estadio en el que el niño establece una simple fase de visualización sin examinar sus significados, en los otros tres, los mensajes que el emisor le propone van formando todo su bagaje cultural, social y cognoscitivo. El niño pasa de receptor a perceptor crítico y perceptor participante en un proceso en el que los maestros e incluso los padres son casi ajenos. En todo este proceso de aprehensión, televisión y educación tienen la obligación de cooperar. A esta cooperación no parece muy dispuesta la televisión, como tampoco a poner “un cierto empeño en transmitir otros valores que los realmente existentes, esto es, los valores que trae consigo un sistema económico consumista, competitivo y agresivo, que promueve el éxito y el dinero fácil...” (p. 137).

Para la autora, el futuro de la formación-aprendizaje debe surgir como fruto de una alianza entre la educación y la comunicación, contando con el irrenunciable compromiso por parte de los padres, en un ámbito democrático en toda su extensión

donde el niño sepa labrar su aprendizaje para un futuro armónico con los medios útiles para expresarse, dialogar, participar, actuar y, en definitiva, desarrollarse como ciudadano.

A lo largo de las más de 300 páginas de su trabajo, Carmen Marta intenta desentrañar lo que McLuhan define como el “gigantesco absurdo” de un sistema educacional del siglo pasado, con una metodología de estudios fragmentada y especializada, frente a una recepción audiovisual generalista y simultánea que ocupa muchas horas de su ocio. “Resulta cuanto menos incoherente que a pesar de que la televisión sea uno de los principales agentes socializadores [...] la escuela no otorgue la importancia requerida a las formas de expresión ni a la lectura del significado de los contenidos de este medio, que es también una fuente de aprendizaje para sus alumnos.” (p. 40).

Sin embargo, conviene tener claro que este libro no es un “manual” para padres, educadores o profesionales de los medios audiovisuales: es un documentado y profundo trabajo sobre la televisión y sobre sus espectadores de menor edad, en la línea del estudio de Schramm, Lyle y Parker (EEUU, 1961) que se planteaba qué hacen

los niños con la televisión y no la televisión con los niños.

Desde esta perspectiva, Carmen Marta aborda, en la segunda parte del libro, un modelo de educación de los niños en materia de comunicación. Con una admirable fe en el modelo educativo, propone a los educadores la creación de toda una asignatura transversal “Educación en materia de Comunicación” mediante la cual, el niño conozca todos los mecanismos, finalidades y formas de creación relacionadas con los medios de comunicación, para aplicarlos a su vida cotidiana. Y no es una mera hipótesis de trabajo, sino que ofrece con generosidad todo un programa lectivo, un temario detallado e incluso casi un “cuaderno de tareas” para que esta declaración de intenciones (buenas intenciones, desde luego) no se quede en una mera y teórica propuesta; desde la formación de una programación, hasta el aprendizaje del uso de los lenguajes televisivos o los elementos multimedia por parte de los niños.

Y no sólo pormenoriza los aspectos de esta hipotética asignatura transversal, sino que argumenta su necesidad por muchas e importantes razones; entre otras,

porque un elevado porcentaje de niños considera que sus padres no están preparados para explicarles determinados contenidos relacionados con el medio televisivo. Porque tampoco los profesores conversan con sus alumnos respecto a los contenidos que se emiten. Porque la mayoría de los escolares acogen de manera positiva que en los colegios les enseñen esta materia. O finalmente, porque los niños tienen iniciativas que plantear a las televisiones pero no encuentran cauces posibles de participación.

La autora plantea la cuestión desde fundamentos científicos; ofrece un amplio panorama del modo en que otros especialistas la han abordado anteriormente; pero por encima de todo, ofrece interesantes iniciativas para desenmarañar este intrincado problema de consecuencias tan trascendentes para nuestro futuro y el de las generaciones que nos sucedan. Una extensa bibliografía completa el trabajo de la doctora, que con esta obra adquiere de inmediato un nuevo compromiso: abordar el estudio de la televisión en la mirada de los adolescentes, o en la mirada de los adultos o en la de cualquier otro colectivo obligado a absorber, distinguir, valorar o filtrar un vo-

lumen ingente de informaciones que muchas veces ni siquiera comprende.

María Angulo Egea
Universidad San Jorge